

Sobre la Inteligencia Política

APROXIMACION AL TEMA

por el Académico de número

Excmo. Sr. D. JESÚS FUEYO ALVAREZ (*)

El *sobre* que encabeza el título de esta lectura ha de entenderse con rigor y precisión. Trata de aclarar, desde el principio, que no pretendo afrontar temáticamente, una cuestión —discutible en su propia legitimidad teórica—, ni, mucho menos, llegar a conclusiones o definiciones que puedan dejarme a mí mismo satisfecho. Dicho del modo más sencillo, he dado con un tema genérico, que me parece rico en posibilidades, tanto intelectuales como políticas, y trato aquí, tan sólo, de alcanzar una aproximación constructiva. No voy, pues, a terminar diciendo, *lo que es inteligencia política* y, comenzaré por decir que ningún político inteligente, si en verdad lo es, se preguntará jamás *qué es y en qué consiste* la inteligencia política. Sería como violar un secreto profesional o facilitar métodos al adversario.

Quiero decir de entrada, que no conozco libro alguno, que se plantee formalmente, *qué sea inteligencia política*; seguramente lo hay, pero no he tenido acceso a él, y sería para mí, del mayor agrado que se me pudiera dar noticia de él. He leído varios libros tangenciales, sobre la política, lo político y el político, términos éstos con los que no mentamos exactamente lo mismo y que, sin embargo, o por eso mismo, articulan el esquema de las cuestiones suscitadas. Así he leído o, más exactamente, releído, desde esta perspectiva, algunos, en sí mismo importantes, porque iluminan lo que sea la realidad política —que ha de ser nuestro centro de referencia— o que estudian la *condición humana del político* y, desde ese punto de vista, lo específico de su *inteligencia*. Que esto sea así, es decir, que los estudiosos de la política, no hayan penetrado a fondo en el tema de qué sea la inteligencia política o de la inteligencia de los políticos, se debe sin

(*) Sesión del día 14 de enero de 1986.

duda, a que los políticos no parecen ser los arquetipos de la inteligencia, sino que siendo esta precisa, no alcanza, ni mucho menos, al primer rango entre las formas específicas de inteligencia —que cabe reconocer a los grandes titanes del Poder o de la Revolución— o al sistema de poderes con que el político se encuentra existencialmente.

Más, así y todo, el tema de quien y quien no sea inteligente en política, no parece tener nada de esotérico y ni siquiera de académico, dicho sea con licencia; es más bien una cuestión a la que el vulgo electoral, responde de modo apodíctico sin la menor vacilación o se abstiene con la mayor indiferencia. Todos los días oímos decir y hasta leemos que fulano, por muy ministro que sea es un *burro* y que zutano aunque no lo sea o, precisamente por no serlo, es un *fenómeno*, dicho sea usando el léxico de la calle.

Cuando llevaba más que mediado este texto, leí en una entrevista que una señora, que no era precisamente de derechas, opinaba que: «Los gobernantes de hoy además de ser unos bebés que no llegan a los cincuenta años, son ideológicamente los nietos de Franco» (Lidia Falcón). No entro en juicios de valor. Añadiré siguiendo en el plano de la anécdota, que el recelo del hombre de la calle, hacia el saber político como tal, es impresionante. Recuerdo que no hace mucho, al ir a mi clase tomé un taxi y dije al taxista que me llevara a la Facultad de Ciencias Políticas. Naturalmente, no sabía donde estaba y eso, desde luego no era culpa suya, sino de la Administración que la acomodó en un edificio extraño, bastante más allá de la Moncloa, antes de que ésta fuera Moncloa. Tras las explicaciones de itinerario, ante el primer semáforo en rojo, el taxista se volvió hacia mí y como si hubiera descubierto un sospechoso absurdo, me preguntó:

—¿Política?: pero ¿eso se estudia?

—Bueno —le dije—, en cierto modo, sí.

—Pero ¿cómo se estudia la aritmética?, me volvió a preguntar.

—No, no, es otro tipo de estudio —respondí.

—Pues si se estudia —terminó concluyente— no sé cómo se puede gobernar tan mal. Porque vea usted, el problema nuestro de si subimos o no las tarifas... Y se perdió en sus cosas.

EL SABER INTELECTUAL Y LA INTELIGENCIA POLITICA

Este es el equívoco o la multivocidad de la política y con ello nos asomamos a la complejidad del tema. No era una exageración del ciudadano taxista y, aunque lo fuera, se trataba del hombre de la calle que siempre es el taxista por antonomasia y no sé por qué del «hombre olvidado» salvo en las elecciones; del hombre, con que se cuenta que vote y, en último término del átomo individual con que se constituye

—esa confusa voluntad— que constituye y explicita la soberanía popular. Y, bien mirado, a poco que se repare, desde un cierto punto de vista, el taxista tenía razón, no sólo tiene muy poco de saber estricto, sino que en sociedades de desarrollo muy avanzado, una capacidad científica o una cultura muy extensa son ajenas al gobernante y sobre todo perjudicial al candidato.

La historia de las elecciones presidenciales norteamericanas, el «show» democrático más importante del mundo actual, ofrece maravillas en este asunto de la inteligencia política. En las presidenciales de 1948 en las que Truman se consideraba, en su propio partido, que iba hacia el desastre frente a cualquier candidato republicano y hacia la catástrofe, ya en octubre «Newsweek» publicaba bajo grandes titulares que «*cincuenta especialistas se mostraban unánimes en predecir una victoria de Dewey*» y todavía el mismo día de las elecciones, la prestigiosa revista «Tribune» queriendo anticipar el resultado titulaba a toda plana «*Dewey derrota a Truman*», porque se consideraba lo único seguro, sin tener a la vista los datos electorales. El resultado definitivo en el que, al menos con tal amplitud, no creía ni el propio Truman, fue de 304 frente a 189, a favor de Truman, en cuanto a los grandes electores y por un margen de 3.463.000 en votos populares. Los unánimes especialistas y las empresas de sondeo, con Gallup a la cabeza, estuvieron durante mucho tiempo buscando las razones de este escandaloso fallo que el senador republicano Taft consideró, al día siguiente, como un «*atentado contra el sentido común*». ¿hasta dónde podía medirse la inteligencia política de Truman, vulgarmente llamado el *camisero* por razón de su negocio, sobre un hombre como Dewey de bagaje intelectual más que superior?

Otro caso, que muchos estiman incluso más asombroso, fue el triunfo para un segundo mandato de Eisenhower sobre Adlai Stevenson en 1956. A pesar de que la prestigiosa Universidad de Columbia le había nombrado Presidente tras su jubilación Eisenhower, tenía fama de no haber terminado de leer un solo libro. No sólo esto, Eisenhower presumía de tal desdén, por los intelectuales, que una definición suya ha pasado a la Historia. Un intelectual —decía— «*es un hombre que emplea muchas más palabras de las precisas para decir lo que no sabe*». El destructivo ingenio de la frase es tal, que muchos piensan que no podía ser suya. Como dice William Manchester en su notable libro «*The Glory and the Dream*», que cubre toda la historia contemporánea de la política y de la sociedad norteamericana desde Hoover hasta 1972, del que he tomado algunos de estos datos, se da en «el carácter nacional de los americanos una fuerte tendencia hacia el anti-intelectualismo que ha existido desde siempre». Hasta tal punto esto es así, que el conocido historiador de las ideas políticas norteamericanas Richard Hofstadter, dedicó, ya en 1963, un libro notable al «*anti-intelectualismo en la vida americana*».

En 1952 Stevenson representaba sin excepciones, todos los fragmentos intelectuales de la vida norteamericana. Su derrota frente a Eisenhower y que repitió en 1956, aun-

que ya pesaba sobre él la imagen de perdedor que es terrible en los Estados Unidos y, por un margen tan amplio, como el de 457 contra 72 compromisarios fue el signo último para los intelectuales y para muchos estudiantes universitarios de que no había lugar alguno para ellos en el «*esthablishment*» político norteamericano. Esta fue una de las causas de un profundo desencanto y que, de alguna manera, condujo, a la mentalidad ácrata de los estudiantes, en los sesenta y a la mitificación de Marcuse, —un doctrinario situado en las antípodas mismas del estilo mental norteamericano— que iba a encontrar en la protesta abierta de los estudiantes de Berkeley y, desde allí difundirse, hasta Europa, para alcanzar su más alto nivel de ruptura, en el espectáculo revolucionario de la Sorbona en mayo de 1968.

Estos y otros muchos antecedentes que podrían traerse a colación, como las dos famosas conferencias de Max Weber, sobre la política y la ciencia como profesión o vocación, prueban a mi juicio, sólo una cosa: la inteligencia intelectual —si es que esto no es una tautología— no pertenece de suyo, salvando excepciones, a la *inteligencia política*; lo que no debe entenderse como una estimación peyorativa hacia la sabiduría ni hacia la política. Se trata, sencillamente, de *dos ámbitos de realidad distintos*, a veces contrapuestos, y que encuentran una convergencia tangencial en el pensamiento, o en la visión de las cosas.

EL SABER SOBRE LA INTELIGENCIA POLÍTICA

A.—MAQUIAVELO

Siendo todo esto así, no deja de ser singular, la seducción que los hombres de pensamiento, han sentido por descifrar el modo de ser del hombre de poder y del antipoder, del hombre de Estado y del revolucionario. Por muchas razones y no meramente cronológicas, debemos comenzar por Maquiavelo que fue mucho más intelectual de la política y de la Historia que un político o, de modo más preciso, un político fracasado. Tratar de enseñar al poder, lo que el poder practicaba de manera inconsciente y salvaje, es un efecto grandioso del resentimiento político de Maquiavelo. Las dos exigencias «*sine qua non*» que Maquiavelo exige al hombre de Poder, al Príncipe, son como es sabido la «*virtù*» y la «*fortuna*»; ninguna de las dos, se puede referir al poderoso como hombre de pensamiento abstracto o de inteligencia teórica. La «*virtù*» no tiene una traducción ética; alude más bien, a una habilidad específica en el hacer del Príncipe para acceder, sostenerse y alcanzar la expansión política del Poder. Es la virtud práctica, como la que se predica de un violinista, cuando decimos que es un virtuoso. Es el saber empírico de la dominación y la resistencia. Es una capacidad magistral de manipulación de los hombres y de conducción de la comunidad de la totalidad política

en que se integran, los sujetos al poder, los subditos. Pero este tipo de inteligencia por superior que pueda ser, no es un saber proyectado desde la sabiduría a la realidad política, sino una inteligencia inmanente que brota de la pericia y de la experiencia de la jungla humana. No hay para Maquiavelo una sabiduría teológica o filosófica, que se proyecten sobre esa realidad singular, que es el campo minado de la política. Ciertamente, no es que esos saberes sean denigrados o no existan; lo que ocurre es que como todo, pueden ser manipulados, convertidos en instrumentos del centro de orden que es el Poder. El único saber proyectivo sobre la política, es la Historia, como ejemplo y advertencia de lo que ha pasado, justamente, con la política.

La realidad social que configura la política está para Maquiavelo en permanente ebullición, en continua pugna y por lo mismo es constitutivamente insegura. La política es una guerra o la guerra es una política. Maquiavelo habría firmado, el famoso dicho de Clausewitz de que «la guerra es la política por otros medios» dejando sentado de modo previo, que la política «es una guerra por otros medios». Después de todo Maquiavelo fue autor de un «*Arte de la guerra*» que suele olvidarse, y varios capítulos de «*El Príncipe*» están dedicados a los problemas militares del gobernante. Y, por lo demás la influencia de Maquiavelo sobre Clausewitz, es reconocida por éste, en términos categóricos: «No hay libro sobre la tierra —dice, en alguna ocasión— más necesario para el político que el de Maquiavelo» (Peter Paret «*Clausewitz and the State*» Oxford, 1976 pg. 171). Resulta de todo ello, que el mundo político que, en cierto sentido envuelve a todo el mundo humano, es constitutivamente, peligroso e inseguro.

Y, como todo es algo permanente de la condición humana y la atmósfera propia de la convivencia y supervivencia de los hombres, el único saber capaz de iluminar la virtuosidad del político, es justamente el saber histórico, pues la Historia no es más que el relato de las peripecias por las que ha pasado y pasan todos los días el mundo del hombre, la *jungla del animal político* en que vive el hombre. Y es aquí, donde se intercala la noción de la *fortuna*, que Maquiavelo utiliza en un sentido que difiere bastante del actual y que no puede traducirse sin más por el de *suerte*. La suerte desde luego entra en la *fortuna*, pero la *fortuna* es algo mucho más amplio y profundo; la fortuna es el *destino*. Y de ahí la sentencia de Napoleón: «*La política es el destino*».

B.—GRACIAN

Tanto Maquiavelo como nuestro Gracián, coinciden en considerar a Fernando el Católico, como arquetipo del nuevo Príncipe y, consecuentemente, como modelo de la inteligencia política moderna. Aunque a más de un siglo de distancia, se da entre las dos obras esta curiosa coincidencia y muy pocas más. Y sobre la coincidencia es

mucho más categórico Gracián, puesto que *«El Político»* se subtitula: «Don Fernando el Católico», y se abre con las palabras más apologéticas en su honor: «Opongo un rey a todos los pasados, propongo un rey a todos los venideros: Don Fernando el Católico, aquel gran maestro del arte de reinar, el oráculo mayor de la razón de Estado» (O.C. pg. 380). El libro de Gracián, mucho más admirado fuera de España que entre nosotros, es una aportación importante a la antropología del político, o más exactamente del hombre de Estado, aunque a primera vista parezca, y lo es, una biografía laudatoria de Fernando el Católico. Hay pasajes que expresan de modo preciso el estilo de la inteligencia política de la Modernidad. Citaré algunos de ellos; típicos además, de su estilo barroco y casi críptico:

—«Aprobarlo todo suele ser ignorancia; reprobalo todo, malicia; que porque el pasado fue guerrero el sucesor haya de ser necesariamente pacífico, y *esto no por conveniencia, sino por nativa oposición, no es regla de política»*».

—«Son eternos los yerros de los príncipes; nacen comúnmente, en lo más oculto de sus palacios, y luego vuelan a las plazas. *Erraron en un instante para siempre, y la momentánea inadvertencia suya, quedó condenada a la perenne noticia de todos los venideros»*».

—«Fue universal en talentos, y singular en el de gobernar. *Gran caudillo, gran consejero de sí mismo, gran juez, gran ecónomo, hasta gran prelado, pero máximo rey»*».

—«Gobernó siempre a la ocasión el aforismo máximo de su política: Corresponder el genio del príncipe al estado de la monarquía, es suerte; violentamente o templanza con él, prudencia. Tiene lo primero la ventaja de connatural, y *con la facilidad asegura la duración; merece la segunda la gloria de la industria»*».

—«Fue era de políticos y Fernando el catedrático de prima. Digo político *prudente*, no político *astuto*, que es grande la diferencia».

—«Consiste esta nunca asaz encarecida prenda (la prudencia) en dos facultades eminentes: prontitud en la inteligencia y madurez en el juicio; precede la comprensión a la resolución, y la inteligencia, aurora es de la prudencia».

Gracián escribía en el universo político de las nacientes grandes monarquías europeas y en particular de la española, cuando sólo comenzaba a despuntar su decadencia. Todavía estaba, con todo, la Monarquía española muy en el centro del pensamiento político europeo, como de modo tan brillante ha desarrollado nuestro Presidente en su libro sobre la Monarquía hispánica. Vivía también en la atmósfera maquiaveliana —maquiavélica o antimachiavélica— para usar la expresión del libro

de Pocock «*The Machiavellian Moment*» publicado en 1975, justamente, en el mismo año que el de Díez del Corral, y que tiene por contenido, «*el pensamiento político florentino y la tradición republicana atlántica*». Personalmente, no tengo a Gracián por un pensador profundo, aunque no deje de impresionarme su fama europea, pero en este libro de «*El Político*» —que, a mi juicio no es el mejor de los suyos, se apuntan ya algunos, los más, de los rasgos que ha de ocuparse un estudio sobre la inteligencia política, proyectada sobre el ámbito delimitado por el Poder y su espacio social de dominación y resistencia: la duración, la prudencia, la eficacia, la retórica, la potencia, la sucesión, la astucia, etc.

C.—LUIS XIV

No es muy frecuente que el hombre de poder recapitule sobre la acción de su propia inteligencia o revele su verdadero estilo. Las «*Memorias*», las importantes, no explican los fracasos, pero aun así, la perspectiva es completamente distinta de las que han disfrutado y sufrido el poder. Es evidente, que ninguna política puede triunfar existencialmente y de modo absoluto; si las últimas palabras de Stalin son ciertas «*esta zorra muere que siempre gana*», están en la misma línea de las de Juliano el Apóstata: «¡Venciste, Galileo!». Las inteligencias políticas son *personales*, y multiformes, pero tienen que tener un fondo común, como es claro que lo tiene la inteligencia en sí misma. La inteligencia del poder parece fundarse en el recelo y el poderoso desconfía hasta de su propia *prudencia*. En sus «*Memorias sobre el arte de gobernar*» Luis XIV escribe agudamente: «*La prudencia exige que en ciertas circunstancias se conceda mucho al azar; la razón misma, aconseja entonces el seguir no sé qué movimientos o instintos ciegos por encima de la razón y que parecen venir del cielo... Nadie puede decir hasta qué punto debe desconfiarse de esos movimientos o abandonarse a ellos; ni los libros ni la experiencia lo enseñan, un cierto buen sentido y una cierta decisión del espíritu, lo logran, mucho más libremente en quien debe dar cuenta a nadie de sus actos*».

Aquí entran en la duda de la inteligencia política, sobre si considerar muchos de los momentos lógicos que la constituyen: prudencia, coyuntura, razón, intuición, azar, decisión etcétera y que en último término, quedan en los textos del Rey Sol en una ambigüedad borrosa: «*un cierto buen sentido y una cierta decisión del espíritu*». Esta ambigüedad, la incertidumbre y hasta una cierta dosis de cinismo, parecen ser constantes en el modo de discurrir del poder. Por ejemplo la teoría de la decisión y la retórica que ha de envolverla: «*Sed lentos en resolver y pronto en ejecutar*» la encontramos ya en Isócrates; «*A menudo —escribe Jenofonte— la velocidad de la ejecución conduce más fácilmente al buen éxito que la violencia*». Y Napoleón, quizá el hombre de poder que haya reflexionado más sobre el y sus exigencias intelectivas, precisa: «*La política es un arte, todo de ejecución*».

En su fondo último la duda hamletiana, es política y en realidad, la mayor parte del

teatro de Shakespeare es una reflexión dramática o trágica del espectáculo del poder. La duda cartesiana viene del temor a ser engañado por un espíritu maligno; la duda hamletiana viene de una fatiga de poder. El poder sobrevive por su propia condición; todo poder se ejerce con resistencia y, por indubitable que sea su legitimidad, existe siempre una posibilidad límite de discusión y controversia. Durante siglos, el principio monárquico ha encarnado la esencia misma del poder y de la soberanía, pero un día fasto o nefasto, una palabra de Saint-Just derriba el principio mismo: «*No se puede reinar con inocencia*»; es decir el hecho desnudo de reinar es un el traje y un delito contra el pueblo, una usurpación de la soberanía. Hay pues en toda relación de poder, una posibilidad, por improbable que parezca de concluir en un desenlace trágico.

LA INTELIGENCIA DEL PODER

Aunque sea manifiestamente exagerado Spengler cuando escribe que «*toda la vida es política*», es lo cierto, que en una última instancia, las pleameres del poder pueden alcanzar al ciudadano más insignificante. Escribía nuestro malogrado compañero Javier Conde que *el hombre es «de facto» animal político, pero lo decisivo no es que lo sea, es que tiene que serlo*. Esta condición política obligada del hombre, aunque sea como objeto, no ha hecho más que intensificar su opresión sobre el individuo por el fenómeno del crecimiento y la extensión del poder, bien estudiado por Bertrand de Jouvenel. En nuestros días toda la mutación informática de la inteligencia, parece inexorablemente abocada a que el largo brazo del poder alcance, al glorificado ciudadano, en los rincones más íntimos de su individualidad. A mí, me ha parecido siempre mucho más utópico el mundo de Huxley que el de Orwell. La inercia del poder a sostenerse le lleva poco menos que fatalmente a extenderse; el hombre de «fin de siglo» se encuentra hoy con el hecho novísimo, de que escapar a los movimientos siempre importantes, y de vez en cuando trágicos, de la política, se torna más y más difícil, como cada día es más difícil que dejen de complicar la política procesos e intereses vitales, de suyo apolíticos.

Esta paradoja de la interpretación de la política en la vida y de la vida en la política, la ha explicado muy bien Edgar Morin en uno de sus últimos libros: «La política de la que depende todo, depende también de todo aquello que depende de ella. La política que decide sobre la economía, la sociedad, los ejércitos, depende ella misma de las condiciones económicas, sociales, militares etcétera. La política es la cuestión previa que depende de las múltiples cuestiones previas que dependen de ella». (Edgar Morin «*Pour sortir du vingtième siècle*», París 1981). En estas condiciones, ¿hasta dónde ha de alcanzar la inteligencia política? Esta es una de las cuestiones, que dejo abierta y que justifican mi inicial advertencia de que iba a hablar, tan sólo *sobre* la inteligencia política.

LA INTELIGENCIA Y LA REALIDAD POLITICA

Quizá podamos salir de este piélago estableciendo como previa la cuestión de la *inteligencia* en sí, y proyectar su respuesta sobre la ontología específica de la realidad política. El problema filosófico de que sea la inteligencia, es de suyo quizá todavía más complejo, pero contamos con la fortuna de la larga meditación sobre el tema de Xavier Zubiri y de las conclusiones expresas en su obra la «*Inteligencia sentiente*».

La genealogía conceptual de la idea de *inteligencia*, tiene para nosotros un interés específico porque tras su uso en la Escolástica en distintas opciones: (Santo Tomás emplea el término en cinco acepciones relativamente distintas: entidad que razona; actividad de la razón; conocimiento racional; intuición racional; y comprensión) y de su utilización en la teología trinitaria a partir de la consideración de la *inteligencia* de Dios, como intelecto puro, la palabra e idea de la *inteligencia* entran de lleno en el pensamiento político. Justamente corroborando la tesis de Carl Schmitt y de su *teología política*, que arranca de su afirmación, de que *todos los conceptos sobresalientes de la teoría moderna del Estado son conceptos teológicos*, encontramos en el esplendor del absolutismo francés algunas referencias políticas a la *inteligencia*. El rey y sus ministros, son considerados la «*Inteligencia del Estado*» y el Diccionario de la Academia Francesa de fines de siglo XVII en una de sus acepciones dice que *inteligente* «*se dice de una persona que tiene una función eminente en el Estado*». De Bonald concibe a la inteligencia como momento supremo del Estado determinante de su estructura: inteligencia, órganos, y objetos, tienen funciones similares a las de Poder, ministros y súbditos. Lorenz von Stain dice en alguna ocasión que la «*Asamblea constituyente fue realmente la suprema inteligencia de Francia*»; el mismo Tocqueville habla de Napoleón «*como una inteligencia casi divina*» (O.C.ed. Meyer ed. 1951 II, pg. 301 «*Historische Wörterbuch der Philosophie*» t. IV pg. 447) lo que es comparable a la expresión mayúscula de Hegel cuando escribe en Iena que ha visto en Napoleón el «*alma del Universo*».

La larga elaboración gnoseológica que ha llevado a cabo Zubiri durante muchos años en sus cursos, ha culminado en su obra «*Inteligencia sentiente*». No cabe exponer aquí la profundidad y la sutileza de esta obra que supone una de las mayores aportaciones a la filosofía contemporánea, por lo demás lamentablemente escasa en obras de tal calado. Zubiri llega a la conclusión suficiente para nuestro tema de que: «*Inteligir algo consiste en tener su realidad ante nuestra inteligencia; la fuerza de la inteligencia no consiste primariamente en fuerza de entender, sino en fuerza de aprehensión de realidad. Las grandes inteligencias son las grandes capacidades de aprehender lo real. Inteligir algo es aprehender su realidad; intelección es aprehensión de realidad*» («*Inteligencia sentiente*», Madrid, 1980, pg. 249). Siendo esto así,

podemos ensayar, en acceder al tipo *peculiar, propio* de realidad que constituye la política.

LA POLITICA, LO POLITICO Y EL POLITICO

Apenas apuntamos este tema, nos encontramos con decantaciones de esa realidad política, que traen su significado de una misma matriz, pero cuando menos en el lenguaje común —y todo lo político es común— tienen matices sutiles, pero importantes, para su aprehensión como realidad. No es exactamente lo mismo, en su peculiar realidad, cuando hablamos de la política, de lo político y de el político. Hay, sin duda, un magma común, sobre el que sobrenadan en la realidad política que se decanta, quizá como el fenómeno social de más relieve. Pero, desde luego, no es lo mismo aprehender la política como la realidad en sí que como movimiento en el tiempo. El «¿cómo ves tú esto?», que es la más frecuente obertura de la conversación sobre políticos, tiene, desde luego, que ver con la política en su espacio concreto, pero no interroga sobre la contextura de la realidad política en sí y conceptualmente considerada. Esta pregunta tiene cargada toda su intencionalidad sobre la situación concreta de las relaciones políticas de un *espacio delimitado*, que puede ser lo mismo municipal, regional, nacional, internacional, supranacional y hasta mundial o, como gustaba decir De Gaulle, universal.

Así pues, habrá que distinguir por lo menos entre la *contextura o esencia* de la política, de su *movimiento* respecto de una realidad que se delimita o configura en un *espacio social concreto* y que, por lo visto, está siempre menesterosa de tratamiento. Lo que haya que hacer que será siempre controvertido y polémico sería *lo político* y que, por razón de los *momentos del tiempo de la política*, puede incluso ser necesario, pero no ser inteligente. ¿Podría ocurrir que la inteligencia política postulara el hacer algo que se sabe que de suyo no es inteligente? Sin duda, esto es rizar el rizo; pero este tema de los *tiempos de la política* que indicaría casi de modo terapéutico que es, aquí y ahora, *lo que es político*, desborda y no sólo por razones de tiempo, los márgenes de esta especulación. Me limitaré a recitar dos frases; la una de uno de los más grandes teóricos de la política del que ya hemos hablado, Maquiavelo; la otra, muy citada de un gran escritor, Víctor Hugo. Esto último subraya con un rigor pasmoso en un poeta, lo que supone y articula eso de los *tiempos de la política*: «Saber hasta el máximo —decía— la cantidad de porvernir que se puede integrar en el presente, es todo el secreto de un gran régimen». Maquiavelo es la inteligencia política del *cambio*, aunque él fuera bien poco afortunado en su intuición. Maquiavelo es tan transparente en este tema que la inteligencia política le lleva al borde del cinismo. El famoso

capítulo XVIII de «*El Príncipe*» titulado «*De qué modo deben guardar los príncipes la fe jurada*» es toda una justificación del cambio: «Todo el mundo sabe — comienza—cuán laudable es en un príncipe guardar la fe prometida y vivir con integridad y no con astucia; sin embargo, la experiencia de nuestros tiempos prueba que príncipes a quienes se ha visto hacer grandes cosas, tuvieron poco en cuenta la fe jurada, procurando con astucia confundir el cerebro de los hombres y considerando al fin dominar a los que en su lealtad fiaban». Y concluye: «No debe pues un príncipe ser fiel a su promesa cuando esta fidelidad le perjudica y han *desaparecido las causas que le hicieron prometerla*. Si todos los hombres fueran buenos, no lo sería este precepto; pero como son malos y no serían leales contigo, tú tampoco debes serlo con ellos». Aquí se explica y justifica, por el radical pesimismo ético acerca del hombre, toda una *teoría pragmática de los tiempos de la política* y de lo político. Siempre cabe objetar que puede que los hombres no sean tan malos y que, en último término, el pragmatismo se rige por la ley del éxito. Y esto es finalmente una grave peculiaridad de la inteligencia política que sólo se descubre o se desmiente, cuanto «toda la función ha terminado».

Sobre la condición humana de el político se ha escrito, con abundancia y con desproporción maligna. En términos generales el político tiene que soportar la denigración, porque eso forma parte de la realidad en que concibe sus proyectos y despliegan sus acciones. Cuando se está bien situado en el espacio del poder o en sus aledaños, puede contar el político con la adulación quizá agradable, pero que se constituye pronto en una hipoteca sobre el buen juicio y, hasta sobre el sentido común. Cuando cae, esperan al político fatalmente el ostracismo, la soledad, la ingratitud y hasta el desprecio. Los mejores elogios que recibe el político son, elegíacos y, a veces ni eso. Aquello de Eugenio d'Ors: «*¿Contra quién va ese elogio?*» o lo de Romanones: «*Pero si no le he hecho ningún favor, ¿por qué me critica?*», son «boutades», pero tienen algo de cierto. Se habla en términos sociológicos y, por lo tanto, hay siempre afortunadas excepciones.

Siendo todo esto así y más, cabe preguntarse la extraña fascinación que el hacer política o, simplemente el estar en ella, ejerce sobre el hombre no sólo para aguantarla, sino para encontrar en ella una fruición singular, irresistible, una adicción, como se dice ahora del drogadicto. En un libro delicioso titulado, justamente «*El Político*» de Paul Barthou —que tradujo al castellano el mismo Conde de Romanones en 1924— hay un capítulo final, incluso, titulado *único*, sobre *la retirada del político* que corrobora lo que digo de modo lapidario; el capítulo tiene sólo cuatro líneas y reza: «No existe la retirada para el Político. No hay límite de edad que imponga límite a su abnegación el "*lasciate ogni speranza*", no existe para él. El político espera siempre». Como esperó, el mismo Barthou asesinado en 1934 en Marsella, por razones de mero protocolo, en el regicidio de Alejandro II de Yugoslavia. Y por cierto que esta forma de salir del poder o de la política, la del asesinato, tan antigua como el hombre cainita y volviendo a Maquiavelo, es de recordar, que advertía ya hace casi cinco siglos,

cuando no se habían inventado los rifles con visor ni ninguna otra nueva tecnología de la muerte, que «ningún príncipe puede evitar morir a mano armada, porque quien está resuelto a matarle y no se cuida de su propia vida puede hacerlo».

Pero ni la muerte detiene a los hombres de poder de su pugna, consigo mismo incluso, para sostenerlo o para alcanzarlo. No se habla aquí de los pequeños burócratas de la política o de los, a veces, mal llamados políticos profesionales, que no tienen otro movimiento político que el de las mareas y el olfato de las tormentas que es el Poder. Abundan, nunca demasiado, los hombres con vocación y sentido de la responsabilidad, o de una ambición legítima que aspiran o acepten el asumir la energía social y la «*auctoritas*» que es el poder. «Quien hace política aspira al poder; poder como medio para la consecución de otros fines (idealistas o egoístas) o al poder “por el poder”, para gozar del sentimiento de prestigio que el confiere», escribe Max Weber en su famosa conferencia «*Politik als Beruf*». Creo, con todas las excepciones que se quiera: que Barthou —en la obra antes citada— tiene fundamentalmente razón, cuando escribe: «La afición a la política nace más bien de una vocación personal. Se disciplina pero no se improvisa. Se tiene, por decirlo así, en la sangre. La política es el arte, la voluntad, la *pasión* de gobernar. Los que no la aman se acostumbran difícilmente a ella; los que la aman, renuncian a ella más difícilmente todavía».

A esta pasión inefable, es a la que hace años me refería yo con una expresión que ha hecho alguna fortuna, la de la «*erótica del poder*». He visto que en la mayor parte de los casos se emplea sin saber muy bien lo que se dice. Quizá en alguna ocasión similar a esta, me aplique a exponer la carga intelectual que lleva en su transfondo. Por el momento me limitaré a evocar en su genealogía, la «*voluntad de poderío*» de Nietzsche y la «*libido dominandi*» de Alfredo Adler, el primer hereje de la casi religión del psicoanálisis de Freud.

En 1927 publicó Ortega y Gasset un ensayo que todos hemos leído o releído más de una vez «*Mirabeau o el Político*». No es para mi gusto, diré abreviadamente, uno de los mejores ensayos suyos. En la expresión, aunque ya estaba en germen, no había madurado del todo su claridad plástica, su don excepcional de metáfora y la capacidad de adjetivación. En el fondo, el arquetipo que eligió como tal no fue para mi modo de ver el más afortunado. Mirabeau, en el gran retablo de personajes que promovió la Revolución francesa no fue, el más elíptico ni el más diabólico. En la oratoria de la época puede que fuera el número uno, pero en la acción Robespierre e incluso Saint-Just, sin contar con Napoleón, dan con mucho más la talla. La razón es bastante simple, Mirabeau no pasó de la influencia; no llegó jamás al Poder, y sin esta experiencia crucial, no se puede juzgar la magnitud de un político como prototipo. Pero Mirabeau en el fondo es lo de menos; Ortega obedece, como en tantas otras veces, al rechazo crítico de un libro para desplegar su gran inteligencia sobre el tema, desprendido ya del personaje. Desde las primeras líneas Ortega establece el verdadero

contrapunto que persigue, la diferencia, incluso la antítesis, entre el político y el intelectual: «Siempre he creído ver en Mirabeau una cima del tipo humano más opuesto al que yo pertenezco, y pocas cosas nos convienen más que informarnos sobre nuestro contrario. Es la única manera de complementarnos un poco. Nada capaz para la política, presumo en Mirabeau algo muy próximo al arquetipo del político.»

Ortega podía presumirse legítimamente en aquellos años depresivos para el pensamiento, como el *Mirabeau de la Inteligencia*. Y así este «pendant» Mirabeau-Ortega lo consigue ventilar en un párrafo soberbio: «Tampoco debe extrañarme la afición a la farsa que revela la vida de Marabeau. Una y otra vez le sorprenderemos mintiendo descaradamente. Al intelectual de casta le sobrecoge siempre ese don de la mentira que posee el gran político. Tal vez, en el fondo, envidia esa tranquilidad prodigiosa con que los hombres públicos dicen lo contrario de lo que piensan o piensan lo contrario de lo que están viendo con sus propios ojos. Esta envidia descubre ingenuamente la virtud específica del buen intelectual. Su existencia radica en un esfuerzo continuo por pensar la verdad, y una vez pensada decirla, sea como sea, aunque la despadece». Hay algo de retórica en este final. Y en último término, en conclusión, parece ser que el intelectual condiciona e incluso guía al político: «No se imputará al autor de este ensayo —concluye— tendencia a intelectualizar la figura del político. Más bien he procurado exagerar lo que hace de éste una especie de hombre opuesto a la del intelectual. Pero ya se ve: si en sus cimientos orgánicos y en su mecanismo psicológico es el político la fórmula inversa del hombre destinado a la intelección, no será gran político si no posee una política de alta mar, de poderosa envergadura y larga travesía, si no ha tenido la revelación de lo que con el Estado hay que hacer en una nación.

Ahora bien; *esta clarividencia es obra de un intelecto, y parece, por tanto ilusorio creer que el político puede serlo sin ser, a la vez, en no escasa medida, intelectual*».

LA REALIDAD POLITICA

Quizá estemos ahora en condiciones de regresar a Zubiri, para intentar aprehender *la realidad, de específica consistencia, que es la política*. Hemos visto hasta qué punto *el político, y lo político* están engarzados en una realidad social llamada *política*. Si hay que llegar a la conclusión de cuál es elemento integrador de toda realidad política, el centro de convergencia de todos los fenómenos que llamamos política, creo que *es el Poder*, su energía social en sí, su sistema, sus instituciones y las resistencias de toda índole con que tropieza, en todo caso y, con mayor o menor intensidad, sus proyectos y su acción. «El *poder* —escribía Spranger, en un libro injustamente olvidado de los

años treinta, antes de que estallara todo— parece ser una forma social en que actúan: la inteligencia y los fenómenos afectivos; los medios económicos y técnicos; la riqueza íntima y la cohesión de la personalidad; finalmente, una fuerza religiosa y una certidumbre valorativa que es percibida por los demás como divina posesión». Esto último es ya difícil de entender, en este fin de siglo en el que el espíritu parece disolverse en un océano de escepticismo. Pero lo que quiero decir —y concluyo— es que sin una intencional referencia al *Poder* y al «*contra-poder*» no hay realidad política ni configuración social que pueda determinar la inteligencia política.

El poder político es el principio de la convivencia humana y de su «*desvivencia*», de la concurrencia internacional y hegemónica, del destino de la vida interna de las comunidades globales. Todo hecho, todo acto político y diría que hasta administrativo, están conducidos por una referencia intencional al poder; así como todo hecho de oposición, de resistencia, de hostilidad al poder establecido —y esto existe siempre— es un acto intencionalmente sustitutivo de ese poder por otro. La dialéctica teórica y la «*praxis*» del poder configuran la dinámica de la política, la realidad política es movimiento constante, incluso dentro de un sistema sólidamente consolidado, todos los protagonistas, los antagonistas y los deslizamientos de base están en continua ebullición. La inteligencia política no consiste en otra cosa que en comprender y aprehender en una visión casi instantánea, los desplazamientos de todos esos momentos y elementos, en una dinámica total que quiere alcanzar un tiempo de consolidación y de orden en reposo. La forma más altamente institucionalizada de poder, que es sin duda el Estado, se mueve y agita de continuo con una sola finalidad, mantenerse en su propia realidad, de suyo estática. Por ser lo que es, el Estado es estático, pero para serlo está en una permanente movilidad. Captar el sentido, la orientación y el efecto de esos acontecimientos, ver simples cambios de talante de los protagonistas y de la masa, que los soporta —en el doble sentido de la expresión— es lo más aproximado a lo que parece ser la *inteligencia política*. Y si todo ello nos resulta tan complejo es porque el hombre, animal político, es lo uno y lo otro, en definitiva, humano, demasiado humano quizás.